

LA NAVIDAD QUE SURGIÓ DE LAS SOMBRAS



Alejandra Pindado



En el edificio número 27 de la calle Olmo, nadie conocía realmente a nadie. Todos vivían rodeados de puertas cerradas, saludos rápidos en el ascensor y silencios incómodos. Cada vecino tenía su rutina precisa, su horario marcado, su vida perfectamente separada de los demás.

Aunque todos tuvieran vidas tan distintas y separadas, todos sabían que se aproximaba la víspera de Navidad, pero ninguno había puesto luces en las ventanas ni adornos en el rellano. Pero ¿para qué? pensaban, no eran una gran comunidad de vecinos. No es que fueran malas personas entre ellos, simplemente, estaban acostumbrados a no verse.

A las seis y cuarenta y cinco de la tarde del 24 de diciembre, una tormenta comenzó a rugir sobre la ciudad. Nada preocupante al principio, y no le dieron gran importancia, pero eso no era lo que las nubes pen-



saban. Empezaron a juntarse tanto que parecían apretarse unas contra otras y el cielo se iluminaba con destellos blancos que brillaban más de lo que duraban. Una tormenta eléctrica. Muchos vecinos miraron por la ventana, inquietos por la intensidad del viento y los rayos que los iluminaban, pensando que ese iba a ser el único acontecimiento del día. Qué equivocados estaban.

Al principio pensaban que pasaría la tormenta o que con ignorarla era suficiente, pero, a las siete en punto, ocurrió algo a lo que no estaban acostumbrados. Un estruendo, un destello final... y todo se apagó.

El edificio entero quedó sumido en una oscuridad espesa, como si el silencio hubiera caído desde el cielo junto con la tormenta. No funcionaban las luces, ni los móviles, ni siquiera la calefacción. Solo el sonido lejano del fuerte viento que insistía contra las paredes como si las fuera a romper en algún momento. Hubo gritos de sorpresa pero se calmaron al ver la realidad del asunto.

Esperaron pacientes a que se solucionara el problema, pero conforme pasaba el tiempo, no había ninguna señal de que eso fuera a ocurrir. Tras estar en la penumbra, cada vecino se preparó a su manera: Doña

Rosa buscó unas velas que no utilizaba desde hacía años. El señor Víctor golpeó su televisión, convencido de que era cosa del aparato. Las hermanas Jiménez discutieron sobre quién tenía la culpa del apagón. Y Leo, el niño del tercero, miró a su madre con los ojos muy abiertos, aferrado a su muñeco.



La luz era lo de menos, el problema es, que, siendo tan cabezotas, intentaron seguir con sus vidas sin rendirse. Pero pronto todos comprendieron lo mismo, al no tener calefacción, ni luz, ni señal, alguien tenía que saber algo, así que fueron saliendo poco a poco a la escalera, se oían cómo los cerrojos de las puertas se quitaban lentamente y alguno salía con una linterna a la puerta de al lado en busca de una explicación... o quizá simplemente en busca de compañía.

—¿Está todo bien? -preguntó alguien desde el rellano. Fue la primera pregunta que se escuchó entre los vecinos en meses. Y en cuestión de minutos, estos fueron apareciendo en el portal buscando una solución entre la “comunidad”, dejando una imagen que hacía mucho no se veía: todos juntos, en el mismo lugar y unidos por algo. Ninguno se atrevía a hablar en voz alta, solo emitían murmullos. Fue el estornudo de una de las

hermanas Jiménez quien rompió el silencio (luego un vecino le ofreció una manta con la que había bajado).

El frío les estaba empezando a consumir. Silenciosamente, decidieron bajar mantas, velas, termos y sillas. A falta de otra opción, se reunieron todos allí: desde el matrimonio más anciano hasta la joven universitaria del ático. Se sentaron formando un círculo imperfecto, iluminados por la suave luz de las velas.

Al principio reinó la incomodidad entre ellos, como si todos se hubieran olvidado de cómo empezar una conversación. Pero la oscuridad tiene un secreto: acerca a quienes están lejos. Al asustarlos con su oscura presencia los había dejado en una ceguera tal que no tuvieron otro remedio que aliviar esa angustia buscando la cercanía entre ellos.

Fue Leo quien rompió el silencio.

_ ¿Y si cantamos algo? -preguntó tímidamente. Su madre intentó detenerlo, pero era tarde, todos lo habían escuchado.

--Hace años que no canto un villancico -murmuró la señora Rosa con nostalgia.



- Yo tampoco -admitió Víctor, limpiando sus gafas para que nadie notara su nerviosismo.

_Pues podemos intentarlo -propuso la universitaria del ático.

Lo hicieron. Primero con voces temblorosas, luego con un poco más de firmeza aunque la vergüenza seguía ahí. En el eco del portal del edificio número 27 de la calle Olmo, las voces parecían calentarse unas a otras. Pronto comenzaron una especie de “percusión” con las palmas y objetos disponibles. En cada frase se soltaban más y más, ahuyentando esa tensión que había al principio. Alguien desafinó más de la cuenta y las hermanas Jiménez soltaron una risa que contagió al círculo entero. Y así fue, carcajadas sueltas y alguna lágrima salió sin ninguna dificultad. Ya no eran del todo desconocidos.

El padre del segundo sacó unas galletas que había hecho por si “venía visita”, a pesar de que nadie lo hacía, especialmente aquella noche. Otra vecina, que jamás hablaba con nadie, empezó a contar que era su primera Navidad sola después del divorcio, mientras que la estudiante del ático empezó a hablar con la familia Jiménez, relatándoles que vivía a seis horas de sus fami-

liares y amigos. El señor del cuarto admitió que había adoptado una mascota para no sentirse solo, pero que esta había muerto hacía poco.

Con cada confesión encendían un punto de luz dentro del círculo, aunque la sala siguiera oscurísima, porque lo que sucedía era mejor que si la luz volviese de repente. Entre risas, historias y recuerdos, surgió una idea inesperada en todos, no estaban tan solos como creían.



A las once de la noche, la tormenta cesó. A las once y cuarto, volvió la luz. Pero nadie se movió. Por primera vez en muchos años, el edificio número 27 de la calle Olmo celebró la Navidad sin saber que lo estaba haciendo. No había árbol, ni regalos, ni música más allá de unas voces que habían aprendido a escucharse entre ellos. No había adornos... y, aun así, había brillo especial. Ese esplendor que solo esta fiesta puede crear sin nada glamuroso a su alrededor.

La luz volvió, sí, pero ninguno sintió la prisa de regresar a su departamento. Permanecieron allí un buen rato, compartiendo las palabras que nunca antes se habían dicho.

El 25 de diciembre, a las doce y media de la mañana, se oía el movimiento del ascensor como era costumbre. Pero no era lo único, el señor Víctor y la señora Rosa tenían una conversación sobre uno de sus hobbies que compartían.

A la una de la tarde, las hijas de los Jiménez y la estudiante volvían de estar estudiando en la biblioteca, encontrándose con los vecinos hablando en el portal y con Leo y su madre decorando el interior con dibujos que hizo ayer.

Esa mañana todos se saludaron. Y esa tarde todos se reunieron para celebrar la Navidad en el portal.



Porque pudieron vivir un apagón pero su unión se encendió como unas guirnaldas en un árbol. Y eso, sin haberlo, fue de los mejores regalos que pudieron recibir.

Selecciones:

Voz: Narrador heterodiegético con perspectiva pasando por el narrador

Macromodelo de Mundo Realista: Tipo II - ficcional, mimético y verosímil